

RIGUROSA ETIQUETA

por W. Fernández Flórez
—de la Real Academia Española—
—O—
—Exclusivo de AMUNCO—

El tarjetón invitaba a presenciar el estreno de una película. "Gran ala", se preveía, y aisladas en un ángulo inferior estas dos coninatorias palabras: "Rigurosa etiqueta".

El matrimonio Domínguez consideró el asunto en sesión ordinaria. Los motivos que podían oponerse a aceptar era apenas de comodidad: el frío de la noche, la dificultad de encontrar un taxi a la salida del cine, el peligro de que, al llegar a casa, el régimen de restricciones, hubiese cortado ya la luz... Por todo esto, no acostumbraban salir después de la cena; pero la palabra "invitación" tiene poderes mágicos. Ella empuja al mismo a comer mal en compañía de quienes no interesan que se resfriase por asistir a una función a la que nunca iríamos por propio impulso.

En este caso, la máxima atracción estaba en la exigencia de una documentación especial. El señor Domínguez y su mujer eran todavía jóvenes. Él pensó que son muy escasas ahora las ocasiones para participar en una fiesta como que le ofrecía, y que si hay un espectáculo delicioso en el mundo es el de ver un teatro en cuyas calidades se alineen, como en un menaje escarpate, mujeres bien vestidas, enojadas, que todas son rmosas o todas lo parecen, y que están jalonadas por el negro y blanco de la etiqueta masculina. ¡Aramba, que ya tiene uno ganas de moverse entre quienes lleven calzado elegante y un traje de buen corte. ¡Que hay que ver cómo se la gente por esas calles! ¡Qué nisas, y qué cuellos arrugados, qué corbatas, y qué lodosos calines, y qué preferencia por las cosas acastañadas, del tono de la trefacción!

El señor Domínguez se inclinó a aceptar las invitaciones. En cuanto a su mujer, vaciló antes de decidirse, aunque padecía un resfriado. En el abundante

grupo de enfermedades a las que no conceden ninguna importancia, quieres no las padece, el resfriado es, quizá, la más desagradable y la que acusa con mayor insistencia y veracidad la ineficacia de la medicina. Alguna vez se

oye hablar de que un médico consiguió la curación de una de esas gravísimas dolencias que son espanto de la humanidad. Hay cancerosos operados con buen éxito y tuberculosos salvados por un tratamiento... Pero si usted se cons-

DELEGACIÓN DEL PRIMER CONGRESO DE HISPANISTAS DE FILIPINAS

Manila

HISPANISTAS

1. Usad, siempre que sea factible, de palabra y por escrito, el idioma español.
2. Haced que vuestros hijos lo estudien debidamente.
3. Enseñadlo a quienes quieran aprenderlo.
4. Hablad siempre con vuestra servidumbre en sencillo y correcto español.
5. Haced que vuestros amigos y conocidos se suscriban, por lo menos, a un periódico o una revista editada en español.
6. Haced que en vuestros hogares se rece en español.
7. Recordad que nuestros laborantes usaron el idioma español en todas nuestras luchas libertarias.
8. Recordad que Rizal escribió en español sus obras inmortales, el "Noli Me Tángere" (Evangelio de la Raza), "El Filibusterismo" y el "Último Adiós".
9. Recordad que nuestra primera República formuló su Constitución y demás Leyes en español.
10. Recordad que el español es también idioma importantísimo y oficial en Filipinas, en otras veinte repúblicas y en las Naciones Unidas.

tipa ya sabe que nada ni nadie truncará sus molestias ni abreviará el plazo que ellas necesitan para ablandarle el cuerpo, entorpecerle el cerebro, empequeñecerle los ojos, enroquecerle la garganta, escalofriarlo y ponerle en trance insospecial de producir ese ridículo estrépito y ese movimiento espasmódico inelegante y cómico que es el estornudo. No, nadie ha triunfado jamás frente a esa infección odiosa que disminuye nuestras energías sin atraernos la compasión ajena. Todo el mundo os dirá que ha oído hablar de tales o cuales, en botellas, en cajitas de cartón, en cajitas de metal... Inútil. Totalmente inútil. La experiencia popular dió hace mucho tiempo este dictamen: "el resfriado desatendido dura un mes, y el bien cuidado treinta días".

Pero debemos considerar dos resfriados; el que ataca a los hombres y el que ataca a las mujeres. Patológicamente son iguales; en la realidad de sus efectos tropiezan con resistencias muy distintas. Por razones que no son del caso o que tal vez haya que calificar de misteriosas, la mujer ofrece una extraña resistencia al frío. Hubo un gran friolero, don Eugenio Montero Ríos —siempre enfundado en gabanes, y que hizo proteger con biombo su asiento en la presidencia del Senado—, que lanzó la inolvidable sospecha de que ningún abrigo alcanzaría la excelencia del que pudiera hacerse con piel de mujer. Naturalmente, se trata de una tesis incomprobada e improbable; pero es lo cierto que nuestras dulces compañeras parecen soportar el frío mucho mejor que nosotros.

Desde luego, puede afirmarse que si un hombre resfriado hubiese de salir a la calle con los brazos y la espalda desnudos, bajo un gabán y apenas amparado el resto de su cuerpo con una tela de araña, sus estornudos serían súbitamente tan impetuosos, que

F. BAISAS. (HIDRÓPATA)

Tratamiento hidroterápico a domicilio con equipos para baños de vapor aplicable a pies, piernas, cabeza, mitad inferior del cuerpo. Envoltura hidroterápica. Masajes en general (Técnica Real de los Suecos Swedish).

Remedios contra alta y baja presión, reuma, Asma.

Solicite por escrito servicio a domicilio.
2507 R. Fernández. (Tondo, Manila.)

cada uno de ellos le obligaría a dar lo que en términos de acrobacia se llama un salto mortal.

Ya queda dicho que, no obstante, la señora de Domínguez no vaciló. Poseía un precioso traje de noche, que sólo había tenido ocasión de lucir en una cena. Una de sus más intensas preocupaciones era la que le producía el pensar que aquella maravilla de tul y de encajes y de esas cosas delicadas y sutiles que entran en la composición de uno de tales vestidos, se ajase o pasase de moda antes de haberlo exhibido el suficiente número de veces ante el suficiente número de personas. Una función de gala sirve muy bien semejantes propósitos. No debía despreñar el pretexto.

Apenas surgió un débil incidente planteado por el señor Domínguez que, con el falso calor que suele porerse en discutir cuestiones de esta índole, sostuvo que si la etiqueta era rigurosa no se podía vestir smoking, porque el smoking nunca fué prenda de rigurosa etiqueta —¡casi de etiqueta!—, sólo el frac, y defendió su decisión de vestirlo, hasta que su mujer le dijo que bueno, que sí, que se embutiese en el frac, si así le parecía, y que la dejase en paz. Fué al llegar a este acuerdo cuando el señor Domínguez manifestó que maldita la gana que tenía de llevar frac y que sólo lo había dicho para corregir la equivocación de quienes creen ir insuperablemente "comme il faut" con una chaqueta creada para fumar para la intimidad de la casa.

La noche del estreno se hizo notable el encuentro con todos esos pequeños obstáculos que estorban las intenciones de puntualidad de la familia que se propone ir a cualquier parte en circunstancias que difieren un poco de lo normal. En todas las casas hay duendes exclusivamente encargados de entorpecer en casos semejantes. Son los que hacen que se pierda el botón de cuatro telas, y los que mágicamente acortan los cuellos para

que nos opriman, y los que impiden que el nudo de la corbata se ajuste a los cánones. Pero con quien se ensañan muy especialmente es con la mujer, que no encuentra nada de lo que necesita y lo que encuentra no le sirve, y lo que le sirve no le gusta, y lo que le gusta se le resiste; y se le alborota un rizo sin razón conocida, y se le corre un punto a una media nuevecita, y desaparece inexplicablemente su habilidad para retocarse y ha de insistir una y otra vez, y... en fin: cien calamidades.

La invitación señalaba las once menos cuarto para comienzo del espectáculo.

Ocurrió lo siguiente: Los señores Domínguez salieron a las once de su domicilio. Al llegar ante el cine gozaron de un momento de euforia. Tres o cuatro docenas de transeúntes se habían estacionado, abriendo calle, entre el borde de la acera y el portal, dispuestos a contemplar a los invitados. Soportaban la espera con las manos hundidas en los bolsillos, subido el cuello del gabán,

chupando cigarrillos y, a lo menos en paciencia, indiferentes a la congelación de sus narices. No hace falta decir que no era éste el público que la señora de Domínguez juzgaba apto para admirar su traje de noche, que continuaba oculto bajo el gabán de pieles.

En el vestíbulo fumaban algunos caballeros. Un silencio y una soledad inquietantes.

—Están en el "Nodo" —dedujo la señora al oído de su marido—; pero el "Nodo" no nos interesa.

La verdad, sin embargo, era que, por culpa de todas las rémoras acumuladas por los duendes domésticos, la película base del programa había comenzado un minuto antes. Llegaban aún damas envueltas en pieles y señores que exhalaban las últimas bocanadas de humo.

Un acomodador se apoderó de los Domínguez y los fué guiando con su lamparita entre las espesas sombras del patio.

Sentáronse. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, no vieron a nadie conocido en su proximidad. Pero hubo un momento

en que la dama ~~cayó~~ descubrió que una señora rubia, cuyo perfil atisbaba en instantes de cierta claridad, y que ocupaba un asiento tres filas antes y un poco a la izquierda, era la mujer de Muñiz, que presumía siempre de elegante y que rabiaría considerablemente si llegase a ver el traje de tul, encaje y todo eso, que envolvía a la de Domínguez. La de Domínguez se despojó de su gabán. Sus hombros lucieron en el sombrío surco de las butacas. Nadie los vió, aunque bien valen la pena. Y nadie vió su impresionante espalda. Ni el encaje, ni el tul, ni esas cosas; de la película, que, por otra parte, era infecta, según opinión de la señora Domínguez, que no cesaba de pensar.

—Ya podían iluminar la sala para que nos viésemos los uros a los otros, que es lo que importa.

Pero esto no sucedió, porque está fuera de lo debido. Y cuando se hizo la luz fué porque se había terminado todo.

Entonces, los espectadores se pusieron en pie, y los hombres ayudaron a colocar los abrigos a las mujeres. Apretados entre la muchedumbre fueron saliendo. En el vestíbulo, una masa humana. La señora Domínguez y la señora Muñiz se vieron, separadas por el gentío, pero no se atrevieron a despojarse de sus gabanes para lucir sus trajes la una ante la otra. Ya no era oportuno. Ni posible.

El señor Domínguez, al través del pañuelo con que protegía su boca, aconsejó a su mujer.

—Abrígate bien. Y empaquetada en pieles hasta los parietales salió del cine. Su "rigurosa etiqueta" permanecía inédita. No hubo un instante en que ojos humano pudiesen gozar la belleza de aquel traje que había costado... ¡Señor Domínguez! ¿cuánto había costado? ¡Eh, señor Domínguez! ¿Cuánto costó? ¡Señor Domínguez!

El señor Domínguez salió a buscar un taxi... No importa. Había costado mucho... Y total...



LOS LEONES Y EL COFRE:—De nuevo los Leones de Manila se han mostrado activos cuando en su reunión—almuerzo semanal en el Riviera, pusieron en su Arca Comunal la cantidad recogida de las multas de sus consocios. De izq. a der. Andrew Grubar, el presidente de los Leones, Dindo González, Sra. Josefa J. Martínez, y el jefe ejecutivo de los Boy Scouts, Sr. Exequiel Villacorta.—

ESPANTADURA DE LOS MODERNOS...

